

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPÍTULO II.

Las Máscaras.

El lector está ya instruido de todos los accidentes que sobrevinieron á Rienzi en el intervalo que medió entre su juicio público celebrado en Aviñon y su vuelta á Roma. La impresion producida por Nina en el alma noble de Albornoze se borraba de día en día, y este, sujeto á las reglas que daterminaban las ideas políticas de su siglo, empezaba á considrar á su buésped como una pieza colocada en el gran juego de los negocios públicos, y sujeta á avanzar, á retroceder ó á estancarse perdida con arreglo á la voluntad de su director. Conseguido el objeto principal por la conquista del territorio pontificio, por la sumision de Juan de Vicco y por el asesinato del demagogo Barocelli, no creyó el cardenal oportuno restablecer á Rienzi, hábil y ambicioso, en la alta dignidad que le correspondia. Sentíase dominado por su carácter atrevido y entusiasta, y no podia adivinar el sistema que adoptaria el senador *in nomine* cuando se viese al frente del gobierno de Roma.

Sin retenerlo abiertamente negóse á instalarlo en su cargo, y Rienzi se encontró á las puertas de Roma, desprovisto de los medios de dirigir su marcha á la ciudad: pero el cielo tenia decretado que un hombre solo, cualquiera que fuese su poder ó su talento, jamás podria contrariar ni detener el destino de Rienzi. Ni en las mas brillantes escenas de su vida política supo emplear él tanta destreza, prontitud y resolucion como puso en juego para desembarazarse de las intrigas del cardenal. Como ya hemos visto, consiguió en Perugia de los hermanos de Montreal, dinero y hombres de armas para entrar en Roma; pero el caballero de San Juan se habia equivocado completamente suponiendo que Rienzi no conocia á fondo todo el peligro del pérfido apoyo que acababa de recibir, pues su vista penetrante habia leido con una sola mirada los proyectos siniestros de los hermanos del Provenzal, y sabia que afectando servirle aspiraban á dominarle, que siendo él forzado deudor del ávido y ambicioso aventurero, y hallándose rodeado de tropas mandadas por sus hermanos, se encontraba preso en unas redes, en las cuales pereciera, si no lograba romperlas. Contando pues con los recursos de su talento esperaba hacer juguetes suyos á los mismos que pretendian burlarse de él.

Sin embargo, como reunia á sus nobles cualidades un profundo disimulo, fingió confiarse enteramente á sus aliados Provenzales, y su primer acto, apenas entró en el capitolio, fué recompensar con altas dignidades á los caballeros Bretton y Arimbald.

Por la noche se celebró la vuelta de Rienzi con un espléndido festin; pero entre todas las pompas de aquel día afortunado ninguna fué tan cara para su corazon como las sonrisas de Nina. En sus ojos brillantes y expresivos, llenos de lágrimas de placer y de entusiasmo, leia el tribuno un solo sentimiento, el deseo de que aquellas horas felices apresurasen el momento en que los dos se viesen sin testigos despues de una separacion tan larga y dolorosa.

Bien diferentes eran los pensamientos de Adriano de Castello cuando se encontró solo en el palacio abandonado, en medio del barrio, silencioso á la sazón, de su orgullosa familia.

Irene vivia, y el caballero habia sido víctima de un extraño y funesto error: el azote destructor de Florencia perdonó á su hermosura, y la palida tristeza de su rostro en aquel día de triunfo le decia que no habia sido olvidada; pero desde el momento en que el placer de su alma cedió el lugar á la fria reflexion, no pudo menos de preguntarse á sí mismo, si no era cierto que la suerte volvia de nuevo á privarle de su amada. Stefanello Colonna, nieto del viejo Esteban y jefe de la familia por muerte de su padre y de su hermano mayor, habia levantado ya el estandarte de guerra contra el senador, y fortificándose en la ciudadela casi inespugnable de Palestrina, habia reunido á todos los dependientes de su casa, haciendo que los soldados talasen los campos vecinos.

Adriano preveía que pronto se declararia la guerra abiertamente entre el senador y los Colonna. ¿Debia él tomar partido contra su propia sangre? La circunstancia misma de su amor á Irene desterraria de su proceder todas las apariencias de un patriotismo disinteresado, y echaria una mancha mas indeleble

sobre su honor caballeresco. Por otra parte, no solo su tierno cariño á la hermana del senador, sino sus propias inclinaciones secretas, su opinion política, le ligaban al único hombre que consideraba capaz por su carácter y voluntad, de reprimir los desórdenes que oprimian á la patria despues de largas y penosas meditaciones, no vió otra alternativa que la cruel neutralidad, á que antes se habia condenado; antes quiso, sin embargo, tentar el último esfuerzo para reconciliar los dos partidos, y pensó que su proyecto, conveniente bajo todos aspectos y de un suceso probable, se aseguraria tal vez, si empezaba á ponerlo por obra, hablando en primer lugar á su pariente. Con efecto, poniéndose de acuerdo con el senador, sus palabras no convencerian al jefe de su familia, y aun cuando este cediese á la voz de la razon y de la conveniencia pública, los feroces barones que le rodeaban se negarian en todo caso á escuchar las proposiciones del enviado de Rienzi.

En vista de estos poderosos motivos se decidió á partir el dia siguiente para Palestrina, y este solo pensamiento sintió desfallecer su corazon. Con todo ¿no podia antes de marchar tener una entrevista con Irene? La cosa no era muy fácil; pero se determinó á ella, y llamando á su escudero, le dijo:

— El senador dá una fiesta esta noche. ¿Sabes si habrá mucha concurrencia?

— Me han asegurado que hoy es el banquete de los embajadores y caballeros, y que mañana habrá una mascarada completa, á la cual podrán asistir todas las clases. ¡Por Bacol si el tribuno convidase únicamente á los nobles hastaria para recibir á las máscaras el gabinete mas pequeño del Capitolio; pero sospecho que se ha escogido este traje para ocultar la clase de los convidados.

Adriano se puso á pensar, y el resultado de sus cavilaciones fué la resolucion que tomó de aprovecharse de la ventaja que le ofrecia la naturaleza de aquella diversion si se reunia á las máscaras.

Este género de entretenimiento, inusitado en la estacion que reinaba entonces, habia sido preferido por Rienzi en parte y ostensiblemente porque admitia una reunion mas numerosa que ningun otro; pero el motivo secreto de esta eleccion era el de proporcionarse y proporcionar á sus amigos confidentiales la ocasion de conocer la opinion pública, circulando entre los grupos sin ser conocido, medio siempre mas seguro que el de traducir el mentido entusiasmo de una algazara popular. Esta resolucion retardó un dia la marcha de Adriano á Palestrina.

La noche del siguiente era hermosísima, y tanto por mayor placer como comodidad de los numerosos huéspedes que encerraba el Capitolio, se habia preferido la suavidad de la atmosfera y la claridad de la luna á los bastos salones, y la fiesta estaba preparada en el gran patio del palacio y en la plaza del Leon.

Al entrar en el primero entre una multitud de hombres disfrazados, se le cayó á Adriano la máscara; púsose la sin tardanza, mas no faltó uno que le reconociese.

Rienzi y su familia permanecieron con los rostros descubiertos al principio de la funcion solo por el bien parecer, habiéndose colocado en lo alto de la escalera á la cual daba su nombre el leon egipcio. Infinidad de antorchas iluminaban este colosal monumento, que arrancado de su antiguo sitio habia sido testigo, en su formidable reposo, de la elevacion y caida de innumerables generaciones y de revoluciones sin cuento. Triste agüero fue para todos la idea de haber elegido para la fiesta el sitio de las ejecuciones, y sin embargo solo aspiraban á divertirse, á obtener una sonrisa, una palabra del hombre célebre, cuyo destino era el objeto de la curiosidad de la Europa. Ni un siniestro presagio, ni un triste presentimiento turbaban la alegria general.

Detrás de Nina se divisaba á la amable Irene, satisfecha por verse á cubierto de las miradas de la multitud, y porque eclipsaban sus modestas gracias los radiantes encantos de la mujer de su hermano: á pesar de esto las miradas de Adriano se dirigian á ella sola. Los años que habian pasado sobre el bellissimo rostro de la niña de diez y siete años, desde el dia en que animada, aunque temblando al primer soplo de amor, circulaba el ardor de la juventud en sus venas y colmaba todos sus pensamientos una ternura pura é infantil, habian mudado el carácter de la hermosura de Irene sin ajarla: en sus mejillas sobresalía una delicada palidez; sus formas mas acabadas ostentaban las elegantes proporciones de las hijas de su país, y su aspecto era tranquilo y revelaba la dignidad de su alma; sus miradas no erraban tímidas é inquietas como si buscase un objeto imaginario, ni sus labios sonreían con el involuntario estremecimiento de una esperanza confusa ó de un semi-recuerdo: una expresion de gravedad meancólica imprimía en sus facciones una seriedad poco propia de sus años. La viva frescura de su primavera habia desaparecido, pero ni el tiempo, ni la tristeza ni un amor desgraciado habian podido desterra de su rostro aquel singular y angélico pudor virginal, cuyo inesplicable encanto que contrastaba con las bellezas italianas mas pronunciadas, habia revelado á Adriano el sueño, el ídolo de su corazon: alimentándose con la contemplacion de aquellos ojos tan tiernos, tan expresivos, en los cuales leia los pensamientos de otros dias mas felices, el caballero de Castello se creyó amado todavia, y no pudiendo separarse de allí, dejaba pasar á todos cuantos llegaban despues que él, sin sospechar que las miradas penetrantes del senador se habian fijado mas de una vez en su persona.

(Continuará).

Acabo de leer los dos primeros tomos de la *Historia del Consulado y del Imperio*, y voy á tratar de explicar rápidamente las sensaciones que me ha inspirado esta lectura.

No dejará de compararse la *Historia del Consulado y del Imperio* con la *Historia de la Revolución francesa*. Ambas se asemejan como deben asemejarse dos obras hechas por M. Thiers con veinte años de intervalo entre la una y la otra.

El historiador de la *Revolucion* era un publicista elocuente é ingenioso, habituado á las discusiones y á la crítica, y no habiendo aun gobernado ni administrado; refería los sucesos de una revolucion que se hacia públicamente en las plazas, en los clubs, por medio de discursos, por medio de motines, que no tenia pensamiento organizador ni mano poderosa que dirigiese los acontecimientos. Un instinto irresistible, justo en el fondo, violento en la forma, impulsaba á todo el mundo, á las asambleas, á los partidos, á los hombres. El publicista de energía y convicción de 1825 se hallaba en las mejores condiciones para referir esta historia; nada era extraño á sus hábitos de ingenio, á sus trabajos, á sus estudios literarios; y para explicar la revolucion, la inteligencia del joven literato, aunque maravillosamente apta por su naturaleza para entrar en la esfera del gobierno y de la administracion, no tenia necesidad de hacer este esfuerzo, pues que en la revolucion no habia ni administracion ni gobierno.

Sin duda existian acá y allá principios de orden y de organizacion; pero estaban esparcidos y confundidos; y sin embargo, cada vez que á través del desorden, el joven historiador veia aparecer uno de estos principios de organizacion social; con cuánto ardor le sacaba de la confusion! con qué jubilo le mostraba como un recurso y como una esperanza, aprovechando todas las ocasiones de hacer entrever la próxima creacion en medio del caos! Todos recuerdan el pasaje en que M. Thiers, encontrado en la historia de las campañas de Italia, la huella del joven y brillante gener 1, que debia tres años despues en 1799 salvar á la Francia, pacificar á la Europa con sus victorias y restablecer el orden social con su gobierno, se identificaba con aquel joven organizador, satisfecho por on tener ya que referir sino las glorias de la revolucion. Aquella sociedad que M. Thiers veia despuntar á través de las miserias y aun de crímenes, del año 93, nació el 99 bajo el consulado, se consolidó, se engrandeció, formando un nuevo y glorioso orden social que es el que nos describe ahora M. Thiers. Esta recompensa le correspondia de derecho: el historiador de la revolucion militante y á veces culpable; debía ser historiador tambien de la revolucion triunfante y acantada.

El autor no ha cambiado sino de objeto: dichoso cambio que ha conservado entre el objeto y el autor esa simpatía y esa concordia que son tan necesarias para las grandes obras.

El historiador del Consulado y del Imperio ha llegado á ser hombre de estado, ha sido ministro: ha sido presidente del consejo; es jefe de un partido importante. Ya en el poder, ya en la oposicion, ha adquirido grande esperiencia en todo lo que concierne al gobierno de las cosas y de los hombres. Ahora bien, el objeto que trata, concuerda admirablemente con las cualidades y los conocimientos nuevos que los acontecimientos le han dado. No es la suya la historia de una sociedad que se desploma; es la historia de una sociedad que se reconstruye rápidamente bajo la mano de un poderoso arquitecto. La relacion de las catástrofes y de las luchas revolucionarias convenian al periodista liberal de la restauracion, porque estas antiguas luchas tenian su reverso en 1825. La relacion de la creacion social del Consulado y del Imperio conviene al ministro de la revolucion de julio; porque esta creacion es la que nosotros hemos continuado y consolidado en nuestros dias. En esta historia del nacimiento de un gobierno, escrita por un hombre que ha cooperado tambien al nacimiento de un gobierno, el asunto y el autor han debido reconocerse y advertirse recíprocamente.

» Era necesario explicar infinitos pormenores de administracion, esponer negociaciones complicadas, revelar el mecanismo del gobierno, creado todo entero en el espacio de algunos dias. ¿Quién podia hacerla mejor que M. Thiers? Este mecanismo admirable que Napoleon construyó confundidos de la antigua y moderna sociedad francesa. M. Thiers lo ha manejado por sí mismo durante muchos años. Los decretos de los consules y las órdenes imperiales no son para él ideas, son hechos palpables, son instrumentos cuya fuerza conoce. No hay mas que un solo punto en que su esperiencia de ministro constitucional no puede servirle para comprender mejor el consulato; pero esta falta es del asunto, no del autor. En efecto, las asambleas legislativas, incluso el tribunal, único cuerpo deliberante que tuvo la palabra, desempeñan bajo el consulado un pobre papel: M. Thiers tiene el buen gusto de no tratar de engrandecerle: muestra la parte débil que tenia la libertad en el gobierno consular, y censura á Napoleon por no haber sabido contentarse con un poder limitado: «Si en los primeros dias del consulado en que tantas cosas estaban por hacer, Bonaparte tenia tal vez razon para no dejar encadenar su talento, despues, sublime desgraciado de Santa Elena, debió sentir que le fuese dada la libertad de ejercerle sin medida. Embarazado en el uso de sus facultades, tal vez no habria llevado á cabo tan grandes cosas, pero no habria tampoco intentado otras tan excesivamente grandes; y probablemente su cetro y su espada hubieron permanecido hasta su muerte en sus gloriosas manos.»

No se crea que esta expresion del sentimiento sea una simple precaucion oratoria. no; M. Thiers tiene á mis ojos un gran mérito en esta obra, ama á Bonaparte y le hace amar; pero no es bonapartista, y lejos de predicar el bonapartismo disuade de él á todo el mundo; ensalza al hombre, pero juzga su sistema. Napoleon es una escepcion gloriosa y única, no es una regla general; su vida es una historia maravillosa, pero no es un modelo de gobierno. Esta es la idea que M. Thiers da de Napoleon; y, sin embargo, no olvidemos que no se ve todavía á Bonaparte mas que en el principio de su carrera, y por consiguiente en sus mejores dias. Podria criticarse al emperador y adorar al primer cónsul; pero en el libro de M. Thiers se ha dado á Napoleon una unidad dramática admirable. Por grande é irreprochable que parezca aun Bonaparte en los dos primeros tomos, M. Thiers entreve al emperador en el cónsul, al genio que se ofuscará y cegará con su propia fortuna en el genio ilustrado y prudente que sabe todavía guiar con tanta justicia su destino y el de su patria. Jamas nos abandona el autor á nuestra idolatría; por el contrario, nos advierte sin cesar que el Dios no es mas que un hombre: dirige á propósito una mirada dolorosa á los últimos dias del imperio, á fin de impedir que nos dejemos llevar demasiado de nuestra admiracion al ver el esplendor de la aurora consular: de este modo esparce por todo el cuadro de esta gloria resplandeciente una tinta de melancolia que la modera y añade la piedad á la admiracion.

(Continuará).

REVISTA DE TEATROS.

El teatro italiano de San Petersburgo ha suspendido sus representaciones. La última noche de funcion fué solemne y magnífica. Rubini abandonaba definitivamente la

escena: era aquella su última representacion: el eterno adios que le daba el público y que el daba á su arte, las lágrimas se mezclaban á los bravos: el dolor y la admiracion, el sentimiento y el entusiasmo se manifestaban al mismo tiempo. Rubini estuvo sublime; cantó como en sus mejores tiempos, porque por un prodigio de su admirable talento, Rubini, aunque pasa de cincuenta años de edad, es todavía lo que era en su juventud. Madama Viardot Garcia, participó del triunfo del cantante y obtuvo los mismos frenéticos aplausos y fué objeto del mismo sentimiento, no porque esta brillante artista renunciase á la escena, sino porque aun no estaba firmada su contrata en el teatro de San Petersburgo, y se la acogia como si fuese á perderla, ó mas bien como si se quisiera obligar á quedarse por medio de tales manifestaciones. Al acabar de repetir el rondó final en que termina la *Somnambula* la presentó Rubini un ramillete de flores escogidas, montado sobre un magnífico pie de loro enriquecido con perlas y diamantes; y cuando á su vez terminó Rubini un aria de *Marino Faliero*, que pidió el público, Madama Viardot puso sobre la cabeza del cantante una corona de oro adornada de pedrerías. Estos ricos presentes eran un homenaje de la alta sociedad de San Petersburgo.

MONUMENTOS

ANTIGUOS Y MODERNOS,

COLECCION

Que constituye la historia de la arquitectura de los diferentes pueblos en todas las épocas, reunida por primera vez en una obra completa con el objeto de facilitar los estudios históricos y monumentales, y comprensiva de las correspondientes noticias arqueológicas.

Se han repartido á los señores suscritores las entregas quinta y sexta de esta hermosa obra.

QUINTA.

ESTILO GRIEGO, = Construcciones religiosas. = Templo de Segerta noticia por M. Raoul-Rochette, individuo del Instituto, secretario de la Academia de Bellas Artes etc. etc.

SESTA.

ESTILO GRECO-ROMANO. = Construcciones civiles. = Arco de Trajano en Benevento; basílicas; noticia por M. Leon Vaudoyer, arquitecto

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra constará de 200 entregas próximamente; cada entrega, que saldrá acompañada de dos grabados en acero con dos ó cuatro páginas de texto en folio, se publicará regularmente de mes en mes, durante las 20 primeras entregas, y desde la 21 se dará á luz una cada quince ó veinte dias.

Precio de cada cuaderno, 6 rs. en Madrid, y 8 en las provincias.

Se suscribe en Madrid, librería de su editor D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, y 35, y en la de los señores Viuda de Calleja é Hijos, en la misma calle, así como en todas las librerías de España y del extranjero.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

Se dispone para ejecutarse á la mayor brevedad la ópera nueva, en tres actos, titulada: MARIA DI ROHAN.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: el drama en tres actos, titulado: LOS HIJOS DE EDUARDO. Seguirán boleras jaleadas á seis. Terminará el espectáculo con el sainete titulado: LOS BOTIBAMBAS Y MUZ BARRENAS.

DE VARIEDADES.

A las ocho de la noche: el drama en siete cuadros, titulado: LA ABADIA DE CASTRO; finalizando con baile nacional.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.